

Por todas

El día que Marta cumplió 14 años se maquilló más de la cuenta. No solía pintarse las pestañas porque a su madre no le gustaba, decía que le hacía muy mayor. Pero esa mañana su mirada sufría las secuelas de una eterna noche de insomnio y llanto. Se sentía extrañamente sola, pese a convivir en una familia ejemplar y tener un novio que la llamaba 'mi vida'.

Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados y necesitaba disimularlo. Iba a acaparar las miradas de todos en clase cuando le cantaran el cumpleaños feliz a modo de felicitación colectiva y le hicieran pronunciar unas palabras. Sentía la presión de lograr estar a la altura en ese momento de protagonismo instantáneo y quería estar bella saciando el deseo de toda adolescente que consume vídeos de jóvenes esbeltas y sexualizadas en la plataforma de mayor fama mundial de internet.

No sabía qué ponerse. Quería verse atractiva, pero Marcos iba a ir a esperarla a la salida del instituto. Quería que la viera hermosa, pero temía que volviera a enfadarse por su vestimenta. La tarde de antes la había llamado puta por su escote. No era la primera vez que le insultaba. Por la longitud de su falda que él observaba provocativa, por su esmerado peinado que él percibía descarado, por su brillante pintalabios que él notaba excesivamente sensual... Siempre encontraba alguna razón para su acritud, que Marta asumía con resignación ante las disculpas y con secretismo ante la promesa de cambio.

La humillación había sido siempre verbal, y Marta descontextualizaba el refrán que parafraseaba la abuela Antonia, "las palabras se las lleva el viento", para quitarle importancia y ejecutar el perdón. Como si el lenguaje no dañara, pese a que ella sintiera el ánimo arrastrado. Eso la hacía estar irascible y huraña en casa. Su madre percibía la transformación gradual pero acelerada de Marta, que achacaba al cambio hormonal de la adolescencia y que enfrentaba con espartana paciencia.

La alegría innata de su hija se había tornado en semblante afligido y descontento permanente, y su interés por el deporte había dado paso a una obsesiva afición por el móvil y por improductivas y largas estancias en la plaza. La edad. Sus calificaciones seguían siendo brillantes, por lo que los padres la dejaban hacer, aunque percibían cierta acedia que les preocupaba como presagio de fracaso escolar. La adolescencia, les decía la tía Ana, psicóloga. Nada que no pueda enderezarse.

Así que la reciente menstruación, la revolución hormonal, la edad y las redes sociales eran las explicaciones lógicas a la metamorfosis de Marta. Menos mal que aún les quedaba la pequeña Irene, que con sus 9 años seguía siendo una niña extravertida y cariñosa.

Nadie sospechaba que un malentendido primer amor fuera la causa de la desestabilización de Marta, y mucho menos la aceptada agresividad de un necio que había eclipsado a una muchacha que en las tres últimas Navidades había pedido de regalo todas las ediciones de *Cuentos para Niñas Rebeldes*. La misma

chica que la tarde previa a su cumpleaños había sufrido la violencia física machista sin entenderla como tal.

Media hora antes del desayuno, Marta oyó tocar la puerta de su habitación.

- Marta, ¿puedo pasar?
- Sí, Irene, entra en la Posada de las Valientes. Ya sabes que siempre eres bienvenida, hermanita.
- ¡Felicidades, Marta!, le dijo la pequeña con un sobre en la mano.
- ¿Qué es? ¿Es para mí?
- Claro. Es mi regalo. Ábrelo.

Marta extrajo con cuidado el contenido y vio que era un dibujo. Irene, con extraordinarias capacidades artísticas, había pintado a su hermana con un traje de guerrera.

- ¡Oh, me encanta! ¡Gracias, hermanita!
- Es que yo te veo así, le dijo con una media sonrisa. Te quiero contar un secreto, Marta, añadió.
- Dime, hermanita. Me encanta que confíes en mí.
- Espero que tú también lo hagas entonces... Quería contarte que me gusta Nico, el niño rubio de mi clase. Ayer me preguntó si podía darme un beso y le dije que no.
- ¡Pero bueno, te estás haciendo mayor! ¿Y por qué le dijiste que no si él te gusta?
- Porque no estaba preparada. Que me guste no significa que tenga que aceptar su beso. Si no me apetece, no tengo porque hacerlo. Pero me gustó que me lo preguntara en lugar de intentarlo.
- Tienes razón, es un buen gesto, contestó Marta bajando la mirada.

Irene se sentó en las rodillas de Marta, levantó el rostro de su hermana mayor con sus diminutas manos y mirándole a los ojos le preguntó:

- ¿Por qué has llorado, Marta?
- No he llorado, Irene. Tengo los ojos hinchados porque he estado estudiando hasta tarde y no he dormido bien.
- ¿Por qué me mientes? Ayer te vi en el parque. Con él. Te estaba cogiendo del cuello.
- ¿Qué dices? ¿Ahora me espías?
- No. Iba a la clase de inglés con Aurora y su madre. Pero te espiaría si hiciera falta. Para protegerte. Vi cómo te apretaba el cuello y tú llorabas. Y después te besaba aunque tú le decías que no. ¿Por qué no hablas con mamá y papá y se lo cuentas? O con tu profesor. O con la abuela. O con tus amigas... No estás sola. Y si yo sé lo que pasa tengo que contarlo. Vi una campaña que decía que los que no hacen nada son cómplices, así que no me pidas que me calle. Hace unos días nos hablaron de Frida Kahlo en clase y me recordó a ti. Siempre has sido inteligente, valiente y luchadora. Si ahora no te enfrentas a ese estúpido, no tendré a quien admirar y tomar de ejemplo. Tienes que hacerlo. Por ti y por mí. Por todas.

Marta tenía la mirada perdida, levantó la vista y con lágrimas y una amplia sonrisa sólo acertó a decir:

- Dame mi minifalda roja y llama a papá y mamá. Y gracias, por todas.